



El precio oculto de la Tierra: impactos económicos, sociales y políticos de las industrias extractivas

Alicia Campos y Miquel Carrillo (eds)
Icaria, Barcelona, 2008

Bajo la coordinación de Alicia Campos, una de los miembros más activos del Grupo de Estudios Africanos (GEA) de Madrid, Miquel Carrillo, coordinador de proyectos de Ingeniería Sense Fronteras (ESF) y con la colaboración del CEA, nace esta obra colectiva con el objetivo de ser una carta de presentación de la Plataforma de Seguimiento de la Industrias Extractivas (PSIE), coalición de entidades del Estado que desde ópticas diversas (ecología, derechos humanos, deuda externa, academicismo, etc.) analiza los impactos que las actividades extractivas (principalmente hidrocarburos y minerales) provocan tanto en el norte como en el sur.

El libro, organizado en nueve capítulos, reúne las ponencias principales del primer encuentro celebrado en Barcelona en mayo de 2007. Miquel Ortega, de Ecología Política, da el pistoletazo de salida con un análisis de los patronos de consumo energético español con el objetivo de visibilizar cómo las políticas públicas, elaboradas por el Estado en aras de asegurar el abastecimiento energético, trasladan al exterior nuestra propia insostenibilidad, que se refleja en gran parte en los capítulos posteriores. Yolanda Fresnillo y Mónica Vargas, del Observatori del Deute i la Globalització (ODG) dedican su artículo, precisamente, a resaltar uno de los

impactos menos conocidos. Se trata de la relación entre la deuda y las explotaciones petroleras. Las grandes instituciones financieras, desde hace tres décadas convencidas que estos sectores actúan como motor de desarrollo, han facilitado apoyo crediticio a instituciones públicas y privadas para invertir en el sector energético, con un éxito poco visible y extremadamente elitista.

Uno de los últimos fracasos de esta política la encontramos en el Chad, donde el proyecto de extracción en sur del país y el oleoducto que atraviesa Camerún hasta el Atlántico no han comportado una mejora de las condiciones sociales del país. Artur Colom, del GEA, es el encargado de plantear los factores que han llevado a este fracaso. En la misma línea cabe destacar el buen trabajo de Jesús García-Luengos, del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Ayuda Humanitaria (IECAH), dedicado a analizar el papel de los hidrocarburos en Argelia, donde la mala gestión política de los beneficios ha impedido un mayor desarrollo del país a pesar de que la explotación está en manos de una empresa pública (Sonatrach).

Por lo que a África se refiere, aunque el libro expone casos muy interesantes como los de Colombia, Perú y Bolivia, debemos resaltar también el que Plácido Micó, líder de la oposición democrática en Guinea Ecuatorial e invitado en el seminario citado anteriormente, dedica a su país. Micó expone con suma claridad cómo a pesar de presentar uno de los índices de crecimiento económico más grandes del mundo, Guinea Ecuatorial, tercer productor africano de crudo, tie-

ne unos índices de desarrollo humano extremadamente bajos. El petróleo, lejos de ser una herramienta de desarrollo, actúa como un arma política al servicio del gobierno autoritario de Teodoro Obiang Ngema. La paradoja de la abundancia se convierte en una cruda realidad en este país del África Central.

Por último, y por el potencial de presentar alternativas a una situación con más sombras que luces, Marc Niñerola y Belén Díaz, de Intermón, dedican un capítulo a analizar las iniciativas a favor de la transparencia en la gestión, tanto pública como privada, de los beneficios de las actividades extractivas. Estas iniciativas, alguna de ellas todavía muy embrionarias, marcan agendas de entidades que trabajan en el mundo del desarrollo y la incidencia política, y aunque tienen límites de análisis muy claros, representan hoy en día, por lo que África se refiere, una de las alternativas más claras al paradigma de *la maldición de los recursos naturales*. Aunque al tener un gran número de artículos en pocas páginas este libro puede resultar al lector un poco disperso, esta publicación tiene la singularidad de reunir estudios de gran calidad que nos sitúan, con un lenguaje claro y directo, en una realidad desgraciadamente todavía poco conocida.

Jordi Sant

Malas noticias de África

Antoni Castel
Edicions Bellaterra,
Barcelona, 2008

Con el acertado y ambivalente título *Malas noticias de África*, Antoni Castel nos regala un interesante y más que sugerente ejercicio

crítico sobre el periodismo español referente a los conflictos del continente africano. Como en tantas otras partes del mundo, en el Estado español buena parte de la prensa acostumbra a defender su objetividad, su ecuanimidad y su rigor en cuanto al tratamiento que se hace de la información. Evidentemente, todos sabemos que la información, sea periodística o de cualquier otro tipo, es subjetiva y parcial y reproduce ideologías reformuladas. Más aún cuando los imponderables de analizar sobre el terreno un conflicto como el de Ruanda, por ejemplo, no permiten a los profesionales una óptima cobertura de la temática. El periodismo de guerra, lo sabemos todos, es de alto riesgo físico e informativo. A pesar de ello, esperamos que la información sea equilibrada, sin tópicos, sin generalidades y poco tendenciosa. En definitiva, no esperamos que reproduzca acriticamente el imaginario occidental allí donde desembarca, sino todo lo contrario: deseamos un baño de luz sobre los conflictos del mundo, se produzcan donde se produzcan. En este sentido, el libro de Castel nos ayuda a ver los ojos que ven esos conflictos.

Tras unos breves pero atractivos capítulos sobre la imagen de África, Antoni Castel disecciona en este libro el trabajo de varios periódicos (especialmente *El País*, *Abc*, *El Mundo* y *La Vanguardia*) sobre tres guerras de los años noventa: Somalia, Ruanda y Congo. En cada caso, primero nos ofrece una aproximación rica y pluridisciplinar, bebiendo de la historia, la antropología, la economía, la politología y situando al lector en la multidimensional y diacrónica realidad africana. Tras ello, analiza la cobertura informativa de cada conflicto (no sólo la textual, también la gráfica), presentando varias hipó-

tesis que permiten responder a preguntas como: ¿Aparece el africano de a pie en las noticias?, ¿Los actores locales son presentados de forma activa o pasiva?, ¿Se da más protagonismo a los africanos o a los occidentales que intervienen en los conflictos citados?, ¿Se tratan las causas de los conflictos en profundidad?, ¿Cómo es descrita la intervención occidental en dichos conflictos?

El estudio de Castel muestra que en mayor o menor grado, con mayor o menor voluntad, el desconocimiento sobre la realidad africana continúa su camino en una parte del periodismo y eso reproduce una vieja imagen

conflictual, violenta, tribal y atrasada. Con este tipo de información es muy difícil, como dice el autor, hacer un periodismo preventivo. En definitiva, la lectura de las *Malas noticias de África* es una buena noticia para nosotros. Sobre todo para darnos cuenta que, como dice Castel, el periodista español debe hablar más y mejor de África y menos de Occidente; el periodista que viaje a África «ha de dar voz a los africanos». Y esto también es una buena noticia para los africanos.

Jordi Tomàs